

Los ingenieros del puente de Brooklyn, un texto martiano memorable.

Marlene Vázquez Pérez.

Uno de los íconos distintivos de la ciudad de Nueva York es, sin duda, el Puente de Brooklyn. Inaugurado en 1883, dejó su impronta en la obra del cubano José Martí, quien residía entonces en la urbe nortea, y le dedicó dos formidables crónicas para la prensa sudamericana. Aunque estas piezas sobresalen por su alto valor informativo y literario, mucho más atractiva, en nuestra opinión, resulta la semblanza biográfica "Los ingenieros del puente de Brooklyn", publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 18 de agosto de 1883. Aquí los ingenieros Roebling, padre e hijo, adquieren una estatura humanamente heroica, por decirlo de algún modo, que impacta, incluso, por la propia concisión del texto, pues se trata, en verdad, de dos retratos engarzados por la obra común.

Cuando se remonta a la cuna y temprana juventud del mayor, en su recorrido por los hitos fundamentales de una existencia signada por el estudio y la laboriosidad, insiste Martí en que luego de su titulación, Juan Roebling trabajó tres años en obras del Gobierno. Seguidamente pasa del hecho concreto a la generalización de contenido ético, cuando apunta que "el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, la flor de su vida, a la nación."¹ Tales planteamientos se presentan con hondo sentido didáctico, pues se pretende también preparar al lector del diario no sólo para que trabaje en bien de su país, sino para fomentar en sus conciudadanos el sentido de compromiso cívico.

Cuando Martí narra el proceso de concepción y diseño del puente, no encuentra mejor modo de expresarlo que a través de la analogía con la creación literaria: "Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebling."² A nuestro modo de ver, tal afirmación se debe no sólo a la comprensión de la complejidad y hermosura de la magna empresa, sino a la conciencia de que los tiempos, marcados por los avances científico - técnicos, comenzaban a reclamar nuevos modos de expresión, que contuvieran en formas inéditas hasta entonces, los encantos singulares de la vida cotidiana. Una existencia que transitaba del recato del espacio privado a maneras de ser más colectivas, más públicas, y que se desenvolvía cada vez más en un ámbito urbano en perpetua transformación a merced de los vertiginosos cambios tecnológicos que preparaban la conclusión del siglo para la apertura al siguiente. La conciencia

¹ José Martí. OC, t. 13; p. 256

² José Martí. Op. Cit. p. 256

martiana de ese hecho se muestra de modo recurrente a lo largo de muchas páginas de crónica, con ligeras variantes, pero tal vez el modo más acabado de expresión de esa misma idea esté en el siguiente pasaje, que concuerda de manera aleccionadora con el espíritu de esta semblanza y da fe de la capacidad precursora de su pensamiento:

“Pues ¿quien dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las noches rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres.”³

Son los Roebling, padre e hijo, frutos de su época, indudablemente. El mayor elogio que hace el autor al primero de ellos es declarar que “murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros”,⁴ con lo cual lo erige en paradigma a imitar, por su consagración y entrega al bien de los demás. Al abordar la trayectoria del segundo, el texto asume la responsabilidad social que le ha asignado su momento: la prensa ha alcanzado una dimensión nunca antes soñada, también gracias a la irrupción en sus predios de nuevas tecnologías. Ahora será juez, historiador, voz en el debate público, instrumento indispensable para conocer el mundo, y de eso debe tener conciencia el destinatario, sin el cual esa labor no tendría sentido. Es por eso que afirma, cuando se refiere a Washington Roebling: “Su vida quedará contada a paso de periódico”.⁵

Ayudando a contar esa biografía desde las páginas de un diario, contribuye Martí - cronista a ese proceso de historización de lo inmediato que democratiza el acceso a la información, y que se convierte, cuando el periodista —como en su caso—, tiene conciencia de la naturaleza redentora de su labor, en un vehículo de mejoramiento público y de cimentación de los pilares nacionales, sin los cuales no habrá repúblicas en Hispanoamérica.

La crónica le permite, sin traicionar los pactos de veracidad que presupone el género en cuestión, y que son mucho más estrictos en el caso de las semblanzas, narrar, con formas propias de la ficción, las circunstancias vitales del biografiado. Logra historiar y mitologar, cuando avecina el hecho con la imagen poética, y del contacto entre esas dos zonas aparentemente distantes surge el retrato enaltecido. Washington Roebling no fue sólo el constructor genial y voluntarioso que concluyó la obra del padre a despecho del padecimiento y la enfermedad, fue también soldado cuando debió serlo y su ciencia y destreza estuvieron siempre al servicio de

³ José Martí. “ Libros americanos”. La América, Nueva York, noviembre de 1883; OC, t. 13; p. 421.

⁴ José Martí. “Los ingenieros del puente de Brooklyn”. OC, t. 13, p. 257

⁵ José Martí . Op. Cit. p. 258.

las nobles causas. Combatió en los ejércitos de la Unión cuando la Guerra Civil y se destacó por su valentía y eficacia:

Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se desceñía de la aljaba un puente colgante y lo tendía sobre el río.

6

Obsérvese la imagen caballeresca del ingeniero, ejemplo de tenacidad, inteligencia y sentido del deber. Con estas páginas, a la vez que contribuía al conocimiento de una de las facetas de la nación vecina, rendía Martí homenaje a dos hombres que encarnaban virtudes dignas de imitar: la laboriosidad, la constancia, el servicio a su tiempo y a su pueblo.